

**EL PRIMER SORPRENDIDO**

**No sé si lo leí en alguna parte, o alguien me lo dijo, o se trata de una de esas ideas que a uno se le meten en la cabeza. Tampoco sé si es muy “ortodoxo” exegética o teológicamente. No soy ninguna de las dos cosas… pero siempre me ha parecido –es una suposición- que *Jesús fue el primer sorprendido por su propia resurrección/glorificación por parte del Padre.* Parece que tiene más sentido decir que “Jesús fue resucitado” que expresar que “Jesús resucitó”. En cualquier caso *la sorpresa* pudo ser la primera “emoción” de aquel muerto sepultado en “una tumba nueva” que le cedió el bueno de José de Arimatea.**

**Si fue así como “me parece”, la *sorpresa, la admiración* y quizás *“hasta el susto”* pudieron ser sentimientos “muy humanos” en alguien que fue asesinado como hombre y, al ser *exaltado por el Padre, “resucitaba a la Vida plena de la divinidad trinitaria”.* Es peligroso meterse en este berenjenal de suposiciones o especulaciones racionalistas, que nunca -por supuesto- anulan o suprimen la *fe del creyente en la Pascua de Jesús*, ahora llamado *“el Señor, el Cristo”,* con títulos más correctos y precisos. Jesús, -siempre insisto- *“verdadero Dios y verdadero hombre… igual a nosotros en todo (también en la muerte) menos en el pecado”* murió como mueren todos los seres vivos, *sin saber previamente,* “lo que iba a ocurrir” *al tercer día de su muerte…***

**Seguimos en Pascua, quizás ya ha pasado un poco “la emoción de la vigilia pascual, del domingo de resurrección”, y volvemos a restregarnos en el día a día, en la monotonía, en la repetición de eventos decisivos para nuestra vida de fe. Quizás estamos ya tan “acostumbrados” a que en Pascua celebremos la resurrección de Jesús de Nazaret, que hayamos perdido *“el sentido de la sorpresa”.* Lo cierto es que ya nos sorprendemos de pocas cosas… *a mí ya no me sorprende nada*, se suele decir… estamos “de vueltas” de muchas cosas, ideas, proyectos, temas repetidos y repetitivos, noticias semejantes que se pisan una a otra en las redes de comunicación y dejan de ser novedad a los dos días. Todo eso satura nuestra capacidad de sorpresa… ¡no somos *“personas sorprendidas”*…! Tampoco por la Resurrección de Cristo. *Sorpresa y ad-miración (mirar más allá de lo evidente)* son dos emociones que ya no nos producen sobresalto alguno… Pero estamos viviendo *“el tiempo de la sorpresa”*, del quedarnos boquiabiertos, anonadados, superados por la realidad del hecho glorioso de la resurrección. Tenemos -mucha gente nos lo recuerda- que *“volver al amor primero”,* y yo me atrevo a remedarlo así: *“retornar a la sorpresa primera”*, la sorpresa de la primera o las primeras veces en que -quizás desde una fe más tierna, menos teologizada a teorizada- *nos sorprendió* el evento real de la tumba vacía. La sorpresa de aquellas mujeres, testigos primerizos, el susto, el miedo, el regreso a la seguridad del grupo, corriendo y abandonando una tumba sin cadáver, no llega a contagiarnos de su experiencia vital. Tuvieron que ir asumiendo, desde la fe, la confianza, y la presencia extraordinaria de un cuerpo resucitado, no siempre reconocido a la primera de cambio, lo que suponía para sus vidas y las vidas de toda la humanidad, *“las cosas que han ocurrido estos días en Jerusalén”.* Tenían que cambiar, transformarse, convertirse… ya nada podía seguir siendo igual. Tampoco para nosotros.**